XIII

¡Ay, que me es preciso volverme atrás de esos inocentes esfuerzos por el Arte, en atención a una psicología más bien fisiológica, triste en todo caso!

Fué por los alrededores de la época en que se me removía la manía de los versos y la prosa, pues yo escribía también extrañas novelitas submarinas a la manera más bien de Edgar Poe —pues Julio Verne, que dicho sea de paso gozaba de alto aprecio en mi curiosidad, no había sido inventado todavía, que yo sepa—, ¡y de qué manera, justos dioses! y cuentos que hubieran alborozado medianamente al Hoffmann de los hermanos Serapion —¡tan ingenuamente plagiados estaba en aquellas páginas!— cuando comenzó a bullir en mi... corazón el erotismo de que hablé más arriba, y para acelerar la confesión ridícula, sucedióme desde entonces experimentar respecto a compañeros más jóve-

nes que yo y sucesivos o colectivos, no recuerdo ya muy bien, la gentil pasioncita de la explanada de Metz. Sólo que en el caso presente, al sobrevenir la pubertad, ya la cosa fué menos pura...

¡Ahí tenéis revelado ese secreto de horror lleno!

Es muy justo, sin embargo, decir con premura que mis "caídas" redujéronse a puerilidades sensuales, sí, pero sin nada de absolutamente "bajo"; en una palabra: a juveniles muchachadas compartidas en lugar de seguir siendo... solitarias. Hay en ello toda una filosofía, y, sobre todo, una moral que quizá no tardaré en desentrañar aquí mismo.

¡Uf! Entretanto, dejando para más tarde revelaciones más interesantes en ese orden de ideas y en otros órdenes, volvamos a hablar de literatura, ¿quieren? Literatura pueril y adolescente, la historia en abreviatura, quería yo decir, de los meses de aprendizaje preparatorio para los años y años de instrucción y educación.

Tenía yo dieciséis años, estaba en segunda y había leído mal que bien de todo: poesía, novela, de Paúl de Kock a Paúl de Feval, de Alejandro Dumas a Balzac, viajes, traducciones, todo ello en mi pupitre; *Los Miserables*, que acababan de publicarse, alquilados en un gabinete

de lectura del pasaje de la Opera, y ya había hecho yo algunas obritas, las más infantilmente "hurañas" y todos los *Poemas saturnianos*, según vieron la luz en 1886, sin contar otros muchos poemas que un gusto, mejor que ellos, me hizo dejar fuera de aquel primer libro. Decía yo en el capítulo anterior que no publicaría aquí ninguno de esos versos demasiado de "juventud". Luego, cambiando de parecer, no sé, hablando con franqueza muy a punto fijo por qué, he rebuscado en el resto, todavía considerable, de mis papelotes antaño incontables, ¡y en qué desorden!, para dar alguna idea al menos de mi "manera" de entonces. No he encontrado nada, pero ni rastro, de esos ensayos, donde había, sin embargo, tanto interés, por lo menos, como en los *Poemas saturnianos*, según se publicaron en la primera colección de poetas contemporáneos, en casa de Alfonso Lemerre, en los últimos meses de 1867.

Sólo han sobrenadado de ese naufragio, por lo demás poco lamentable, dos sonetos, publicados el uno hará unos dos años, con ocasión de una gira de conferencias, en un diario de Lieja, si no me equivoco. ¿Quién diablos sacaría de su nido a ese cuervo de antaño? Titulábase *El sepelio*, y el primer verso empezaba así:

Nada conozco tan alegre como un entierro.

El otro se publicó hace poco en un periódico de la noche, en el cuerpo de una crónica que firmaba un tal *Pegomas*, a quien yo doy gracias por la buena intención; helo aquí, en su forma todavía ingenua y ya un poco refinada. Estaba yo en segunda, dije, cuando lo compuse, según recordaba el cronista a que me refiero, que, parece, fué condiscípulo mío en el Liceo Bonaparte. He aquí ese notable trozo:

A DON QUIJOTE

¡Oh! Don Quijote, viejo Paladín, gran bohemio,
La absurda y vil caterva en vano ríe de ti;
Tu muerte fué un martirio, y tu vida un poema,
Y ¡oh, mi rey, los molinos de viento no hacían bien!
Sigue adelante siempre, por tu fe protegido,
Montado en tu corcel fantástico que amo,
Vagabundo sublime, ¡anda! Que los olvidos
De la ley son más hoy y más grandes que antaño.

¡Hurra! (Hoy, mejor avisado y aun suponiendo que el color local me entusiasmase tanto como en aquel período de mis comienzos, sustituiría esa exclamación demasiado británica por el más apropiado *¡olé!*)

Hurrah!
pues, ya que *hurrah!* hay,
¡Tras de ti vamos todos nosotros, los poetas
Santos, de locas greñas, de verbena ceñidos,
Llévalos al asalto de los altos ensueños,
Y bien pronto, a despecho de toda traición,

Ondeará el estandarte alado de poesía
Sobre la oronda calva de la inepta razón!

Había también una imitación, ¡oh, tan inconscientemente descarada, y oh, tan mala!, de las *Viejecitas*, de Baudelaire, la cual es de temer que haya desaparecido para siempre de entre las cosas, lo mismo que se ha borrado por completo de mi memoria, que empezaba con este verso y estos dos hemistiquios distantes el uno del otro un cuarto y una mitad de hexámetro:

Con frecuencia me sucede, todos los días por las calles
Encontrar viejos y viejas...
...Tortícolis en busconas.

Y, por último, un *Crepitus* —mucho antes de ese tan chistoso de Flaubert—, suerte de manifiesto pesimista, donde, después de una descripción de interior de sepultura, en un fangal apestoso —naturalmente— sobrenaturalmente aparecíase el "dios" que soltaba un discurso muy amargo, directo y despectivo hasta más no poder para la humanidad, que, sin embargo, es su madre. De este poema no recuerdo tampoco más que los dos primeros versos de la larga, quizá larguísima arenga de la extraña deidad; pero esos versos están bien, ¿no es cierto?

Soy el Adamástor de los retretes,
El Júpiter de las letrinas...

Sin duda que son muchas citas, aunque por lo demás discretas, forzosamente también; así que reanudaré con permiso de ustedes el itinerario, en cierto modo de mis progresos, si los hubo, en mi erudición poética...

Después de Baudelaire y Banville —sobreentiéndase, desde luego, a Víctor Hugo, al que yo admiraba, sin gustar mucho de él en fin de cuentas, entonces— no había de formarme una idea exacta de Lamartine y Musset y de otros más; Vigny, por ejemplo, sino mucho después— ¿saben, digo, cuáles fueron poderosos educadores —educadores, sí, educadores, al par que, en cierto sentido cómplices— en mi vocación desde entonces bien decidida; pero en mis primeras escaramuzas con ella, irresistible y en lo sucesivo fácil, rudamente, duramente fácil, pero fácil irresistiblemente?

¿Recuerdan ese librero del Quai Voltaire de que hablé antes y en cuya tienda adquirí yo la primera noción de *Las estalactitas* de ese mago de Banville?... Pues bien: también allí tuve la revelación de ese maravilloso libro de principiante, *Las flechas de oro*, de Alberto Glatigny, muy poquito antes de leer *Filomela*, que señaló tan gentil como genialmente los comienzos de Catulo Mendes.